

Ángel Luis Romo

**Relatos para
después de la siesta**



Relatos para después de la siesta



Ángel Luis Romo (Salamanca, 1955) estudió ingeniería y música. Es compositor, entre otras obras, de canciones corales, que supusieron un vínculo con la poesía cuando tuvo que dotarlas de texto. Como poeta, es autor de los libros "Hilando lunas" (Vitruvio 2004) y "Se diría que nadie" (Vitruvio 2005).

Éste es su primer trabajo en narrativa, una colección de relatos breves sin hilo conductor, cuya principal característica es la perplejidad en situaciones cotidianas ante lo casual y el infortunio.

© Ángel Luis G. Romo 2005

EL ALFARERO

Con el buen tiempo, Bernardo abre sus puertas, y ofrece, al espectador casual, la reposada contemplación de su ancestral técnica. Las manos de Bernardo, el alfarero, como suspendidas en una gruesa atmósfera, perfilan, con una línea tangente, invisible, que sólo su mente, en un instante fugaz, concibe, la grácil figura de un jarrón de angosto, largo, inverosímil cuello. Los disipados rayos del sol de la tarde, secan y dan un punto de luz a cada uno de los cacharros pergeñados en la lenta jornada y amontonados aleatoriamente.

El alfarero, enjuto, cuarteada la piel por el largo rigor de la intemperie, de acentuada calvicie, hirsuto de cejas, bigote y sienes, y dedos hinchados, voltea el torno sin descanso, ajeno a todo, viejo, cansado.

Frente a su casa de adobe, trinchada por largueros enmohecidos, asentada en el último reducto del antiguo caserío de un pueblo que cambia vertiginosamente, puede verse una formación de chalets pareados, cuadrículas de caminos de asfalto y aceras simétricas con farolas de pluma, profundo contraste de modernidad con un pasado casi remoto, asido al presente por oficios tan arcaicos como el de Bernardo.

El alfarero no levanta la vista. No se interesa por nada de lo que le rodea, ni cancelas repujadas, ni

porches, ni pérgolas, ni perros de pedigrí, ni todoterrenos, nada. Ensimismado, consume un cigarro de tabaco picado, de los de liar, ceñido a la comisura de unos labios resecos, cortados. Gira y gira el torno, con acompasados impulsos del pie emboscado en esparto, y deja caer finas lascas del barro hacedor de infinitas formas. A ratos, descansa y pinta; decora sutilmente alguna de sus creaciones con cenefas y flores, aquellas que venderá con sobreprecio.

Bernardo está triste. Habla poco. Sólo conversa conmigo cuando le llevo la correspondencia, tan poca que nos vemos muy de tarde en tarde. Entonces hago un alto en mi recorrido y me siento frente a él para observar su quehacer pausado. Está triste por las últimas cartas, en las que cierta constructora se interesa por comprarle su propiedad. Sabe que insistirán, que irán al ayuntamiento prometiéndole infraestructuras y alguna contraprestación. Me dice que hasta podrían desahuciarlo, que lo ha visto otras veces, que el dinero lo puede todo. <Si me tengo que ir de aquí, a mi edad, no podré rehacer mi vida en otro sitio; ni siquiera tendré ganas>, comenta, compungido. Yo, aunque nuestros pensamientos coinciden, trato de animarle con buenos deseos, y me despido con un “hasta luego”. Al final de la calle, vuelvo la vista para comprobar que sigue absorto en su labor, en lo que es su vida.

De pronto, algo rompe la monotonía de un obrar

preciso y cadencioso. Algo que no sucede sin que pase mucho tiempo, que sí le atañe por afín, por próximo. Se pone alerta, y huele, y escucha, y siente. En medio de una calma silenciosa, tras el sonido de las hojas de unas acacias que el viento mece suavemente, hay un rumor conocido. Bernardo se levanta y protege su mirada con la mano apoyada en la frente. A su diestra, en la cañada, primero el rebaño, y en medio, Senén, el cabrero, que viene lento hacia él, y le saluda agitando el brazo.

Bernardo lo deja todo, se lava el tinte arcilloso de sus manos en un barreño, y entra a por la bota de vino y el queso. Este encuentro sí despierta su interés, y quiere celebrarlo.

EN LA MUERTE

Yo estaba muerto. Seguro. Me di cuenta de cómo mis latidos fueron espaciándose, el dolor desapareciendo, y luego esa sensación de inercia y de ingravidez. De inmediato, una luz cegadora envolviéndome en espiral...

Me recibió un señor de luto para darme la bienvenida a la muerte. Era un lugar extraño, de cielos ámbar y tierras rojizas, donde todo el mundo iba y venía con una naturalidad que me resultaba familiar. No vi ningún vehículo, ni barcos, ni aviones, eso me sorprendió. Tampoco vi animales de ninguna especie. Sí hallé vegetación, abundante, y de color verdoso, pero en los supuestos árboles, como un todo, apenas se distinguía el tronco de la copa. Las construcciones eran similares a las de la vida, pero con más formas redondeadas que aristas vivas. Las manecillas de los relojes iban hacia atrás, en el sentido contrario. Me explicaron, poco a poco, todo eso.

Después, en un breve espacio de tiempo, fui olvidando lo que almacenaba mi memoria relacionado con la vida, y ya sólo vivía en la muerte, para la muerte y con las consecuencias de estar en ella.

Un joven con el que trabé amistad, que parecía más informado que otros que fui conociendo, me dijo, mientras comíamos una especie de pasta,

algas y fruta, en qué consistía la muerte: “Es un paso efímero. Hay que aprovechar el tiempo bien desde el principio. Cuando apenas te das cuenta de dónde estás, te interesas por una mujer que viene de la vida y te unes a ella. Luego, muy rápidamente, se incorporan los hijos, que son mayores que nosotros, y nos son asignados. Todos nos hacemos más y más jóvenes, hasta que somos niños, tan pequeños que llegamos a perder la muerte. Te da entonces la sensación de que todo ha pasado en un suspiro”.

Conocí a más y más gente que entraba en la muerte. Me gustó una mujer que accedió algo más joven que yo, un hecho aislado, porque normalmente lo hacían con más edad, y entablé conversación con ella. Se fue acostumbrando a mí, hasta que decidimos unir nuestras muertes. Ya todo lo hacíamos juntos, con cierta monotonía. En nuestros largos paseos llegamos a descubrir enormes masas líquidas plateadas que nos gustaba contemplar.

Un día nos dieron un hijo. No nos pareció bien que fuera tan mayor, pero era asignado. Según nos dijeron, era mejor así porque, cuando fuéramos niños, él tendría más tiempo de juventud para ocuparse de nosotros. A algunos padres les impusieron hijos de casi su misma edad que no pudieron ocuparse de ellos en la niñez por ser también niños.

Todo parecía transcurrir muy deprisa, hasta que, de pronto, sonó una alarma que fui reconociendo a

medida que me desperezaba. Era el despertador. Lo apagué con torpeza. Me levanté agotado de un sueño largo y profundo y, adormilado, me vino a la mente el recuerdo simultáneo de lo vivido en la vida y en la muerte, y dudé, por un momento, de en qué parte estaba. Me tranquilicé viendo a mi mujer durmiendo a mi lado. Por la ventana oval, observé las tierras rojizas y el cielo ámbar oscuro de la madrugada. El segundero del despertador iba hacia atrás, girando de derecha a izquierda.

LA VELA

Se fue la luz y, a tientas, palpando suavemente, di con la vela en un estante de la alacena y la encendí. Al ponerla junto a la pared, vi de nuevo aquella imagen pastosa y blanquecina, con su débil aura. Delimitados, claramente, los ojos y la boca. No se movía, apenas una ligera contorsión provocada por el vaivén de la llama. Ya la había visto otras veces. Incluso llamé, en una ocasión, a la vecina, pero ella entró y no la vio. Tampoco su hija, que estuvo largo rato intentando ubicarla donde yo le señalaba. Ambas se fueron sin verla, y yo quedé en evidencia. El caso es que la veía yo, y sólo yo. Decidí, por el momento, no decírselo a nadie más. Habrían pensado cualquier cosa de mí, pero no me importó. Se me apareció varias veces más, cuando tenía que encender la vela por los frecuentes y cortos apagones de entonces y, desde luego, a falta de cualquier otra luz exterior. Al restablecerse el suministro, se desvanecía. La primera vez me sobresaltó; cambié de sitio: dormitorio, baño, pasillo, y la seguía viendo, con cierto sofoco y palpitaciones. He dejado de dormir muchos días a causa de la misteriosa figura. Durante uno de esos cortes, apagué la vela un instante para no verla, me restregué los ojos, y reapareció al encenderla de nuevo. Luego, llegué a acostumbrarme, incluso le dirigía la palabra en un tono casi familiar.

Una vez, el corte de luz se hizo más largo. Me fijé en que quedaba tan sólo un pequeño remanente, los últimos milímetros de mecha. A pesar de que era gruesa y grande, ya casi no tenía cera, así que, desempaqueté una nueva y me dispuse a encenderla con la llama de la que se estaba extinguiendo. Al hacerlo, apagué simultáneamente la consumida. La imagen desapareció. Con la nueva vela no se reflejaba. Lo comprobé volviendo a encender el mínimo resto de la usada: allí estaba la lechosa figura, expectante, retadora. Dejé que se fundiera por completo la mecha, y ya nunca volví a verla, pero aquella visión se repite en alguno de mis sueños, y acude a mi memoria en días de penumbra. Compré más velas, pero ninguna otra reprodujo la figura; sólo aquella, extraña y única, que pareció contenerla hasta convertirse en humo.

ÓCULOS

Adolfo, en su lecho de agonía, tras una larga enfermedad contraída durante su último viaje a la Amazonia, anunció, en presencia de su esposa e hijos, que no quería donar ningún órgano de su cuerpo, que quería irse entero, como vino. También dejó bien claro que lo enterrasen, nada de incineraciones.

Una vez fallecido, su viuda Clara decidió, en contra de la voluntad del difunto, lo que ya tenía pensado con anterioridad: donar los ojos, sin deterioro alguno, a Juan, el hijo de los vecinos, que era ciego de nacimiento. Antes de proceder a un entierro del que tampoco era partidaria, pero que aceptó por no contravenir la segunda parte del deseo de Adolfo, dio orden de extracción al Banco de Ojos.

Sus hijos, Laura y Luis, se lo reprocharon duramente, pero Clara, impasible, aludió a la continua superstición y manías de quien fue su padre, anteponiéndoles la bondad del hecho de dar a quien no tiene. Luis, acabó cediendo en su censura, pero Laura, más terca, le amenazaba con alusiones a hechizos y sortilegios de los que oyó hablar a su progenitor, como la leyenda de los indios ecuatorianos que rehúyen la mirada y se alejan de los turistas para no ser fotografiados, porque creen que a través de los ojos se deja el

alma al descubierto y les puede ser arrebatada o modificada.

Días después, en la habitación de la clínica donde le fue efectuado el trasplante de iris, sustituyendo córnea y membrana, Juan despertaba entre un grupo de galenos que, tras retirar delicadamente las vendas, esperaban ansiosos la prueba de su éxito.

Atónito, se dio cuenta, poco a poco, de que distinguía lo que le rodeaba, que la luz que enfocaba sus pupilas, examinándolas, era lo que llamaban linterna, que su mundo se inundaba de color, que comprendía mejor muchas cosas, que veía.

A su alrededor, todo eran felicitaciones, sonrisas, lágrimas, primero de sus padres, después de Clara y Luis, que acudieron más tarde, fundiéndose en un abrazo los unos con los otros. Él se fijó con avidez en los ojos de todos, incluso en los de Laura, más alejada, cruzada de brazos y con gesto de contrariedad, que no participaba del contento general.

- Laura, hija - intervino Clara -, ¿ves como todo va bien? Acércate.

- A mí no me metáis en esto - dijo irritada -, papá no lo quiso así, y yo tampoco. No quiero tener nada que ver con lo que pueda pasar - concluyó. Y abandonó la sala.

Estará en observación un par de días, en los que

la visión irá ganando nitidez, y esperamos darle el alta inmediatamente después - dijo el cirujano -, y ordenó despejar la sala y bajar la iluminación. Convenía que los reubicados órganos se acostumbraran a una exposición progresiva de la luz, y evitar conflictos con el sistema nervioso central -añadió.

La enfermera asignada se acercaba, de cuando en cuando, a comprobar o regular el gotero, a llevarle un calmante, o una cuña para vaciar su vejiga. A las pocas horas, Juan le pidió un espejo. Sintió la necesidad de verse a sí mismo en algo que sabía que existía pero que nunca utilizó. La enfermera, con gesto de complicidad, le advirtió que sería sólo por un momento, y se ausentó unos segundos para traerle el que ella solía llevar en el bolso. Encendió el foco de la cabecera de la cama. Juan, por primera vez, vio reflejado su propio rostro con la extrañeza de lo inesperado. Súbitamente, apartó la vista y miró con fijeza a los ojos de la enfermera para, de inmediato, y sin tener aún conciencia de ello, preguntarle: - ¿de qué color son mis ojos? - Creo que son color miel - contestó ella -, muy parecidos a los míos.

En ese instante, desconcertado y con un rubor repentino, recordó las palabras de Laura, y volvió a contemplar su cara en aquel espejo en el que no podía ver sus propios ojos. En su lugar, sólo había unas cuencas oscuras, vacías.

RETROSPECCIÓN

A las doce y dos minutos, un inmenso resplandor de fuego, acompañado de un descomunal estruendo, se extinguía de repente, dejando paso a la recomposición de un amasijo sinfín de hierros y plástico, que se enderezaban en un instante y adquirían la forma original. Los vidrios, hechos añicos, se restauraban para ir a encajar en sus marcos, y el humo se convertía en telas tejidas de la nada, que tapizaban suelo y asientos. Al mismo tiempo, más de cien cuerpos ennegrecidos volvían a su color natural, recuperando brazos, piernas y otros órganos desperdigados, con huesos y ligamentos que soldaban las fracturas alojándose en sus cápsulas, y los innumerables hilos y regueros de sangre regresaban a las venas de sus heridas respectivas, que se cerraban dejando las epidermis intactas.

A las doce y un minuto, muchas de esas personas, veían alejarse la ciudad a velocidad de vértigo, haciéndose cada vez más pequeña la visión del centro con los edificios más altos, mientras un largo y desgarrador grito general entraba en los pulmones de todos, apagándose hasta el silencio. Ya en horizontal, los desencajados rostros disminuían su tensión, y todos tomaban una

posición más relajada, acomodándose en sus respectivas plazas, con el leve rumor de los motores y la sola observación de nubes y cielo a su alrededor.

A las doce en punto, una voz anunciaba a los pasajeros que el avión había sido secuestrado por un grupo terrorista.

TRINIDAD Y TOBAGO

Rebeca acababa de ducharse y se miraba al espejo. Hacía gestos, visajes. Hablaba sola. Se acercaba y retiraba para hacer revisión de su estado. Se estiró el labio superior y, al volverlo a su posición normal, notó que su código de barras estaba un poco más marcado, como las patas de gallo, mientras abría los ojos hasta el límite de extensión de sus párpados. Se tocó el ligero descolgamiento en el mentón, y una incipiente papadita que comprobaba alargando y encogiendo el cuello, - pero esto no es ningún desastre - le decía al reflejo de su imagen. Se apreció, también, un rollito de más en la cintura, unas leves cartucheras, y el pecho algo caído, pero nada - se decía -, que para los años que tienes, estás bastante bien. Pues eso, que no creo que sea por este cuerpo el que Óscar se haya ido; si acaso, porque haya dado con una pelandusca que esté mejor que yo, y lo haya trastornado hasta ese punto - proseguía -, mientras se giraba a un lado y a otro viéndose el perfil, hasta que comenzó a vestirse.

No entendía por qué Óscar, su marido, había desaparecido, hacía casi una semana, dejando, como único rastro, una nota encima de la mesita de noche, en la que le decía que estaba harto de todo, de la vida rutinaria que hacía, y que había decidido marcharse a Trinidad y Tobago. Precisamente a

Trinidad y Tobago, que a saberse dónde estará, un sitio del que nunca le oyó hablar en catorce años de casados. No quiso comentarlo con nadie hasta ayer, cuando llamó a su amiga María - que se extrañó de no verla ni por el gimnasio -, para decirle, sucintamente, que Óscar la había dejado, que viniera a verla, que necesitaba hablar con ella. Y no le dio más detalles porque, algo tan gordo, había que hablarlo cara a cara.

Habían pasado los peores momentos, los tres días que siguieron a la desaparición. La rabia de las primeras horas, en las que llegó a romper el jarrón de la entrada, estrellándolo contra el perchero. La desazón, la congoja, el insomnio, las continuas preguntas sin respuesta, y la tensión nerviosa que le produjo el inesperado suceso.

Tampoco sería porque no había sexo entre nosotros, que aunque fuera poco, cada cierto tiempo, lo hacíamos - seguía diciéndose -. Y atendido estaba, vamos que sí lo estaba. Lo que no hacía yo, lo hacía la asistenta; él, nada, como un señor. En fin, que no lo entiendo. Desde luego, ya lo tenía pensado, sobre todo por cómo me trataba los días anteriores a su marcha. Con algunas contestaciones llegó casi a la humillación. El muy descastado, no se atrevió a decírmelo en la cara. Ni tan siquiera llamó para hacerme saber que había llegado bien al sitio ése - concluyó su monólogo al escuchar el timbre -. Terminó de acicalarse en unos segundos, y salió a abrir.

Al otro lado de la puerta, estaba su amiga y confidente María, con la que compartía café y té en

extendidas charlas de muchas tardes, horario de gimnasio, ropa, que se intercambiaban a veces, y hasta la asistenta, una joven y dulce polaca llamada Lena que iba a sus casas respectivas en días alternos. Venía cariacontecida, como quien llega a un velatorio. Rebeca la hizo entrar, tras un cariñoso beso, y le ofreció pasar al salón para hablar sentadas cómodamente.

- Me quedé de piedra con tu llamada. Cuéntame todo, punto por punto. El cuándo, el cómo, el porqué - dijo María, antes de sentarse.

- Estoy de los nervios - suspiró Rebeca, mientras apartaba un montón de ropa sin planchar -, y además, por si fuera poco, no localizo a Lena, que hace una semana que no viene, no me ha dicho nada, y tengo todo empantanado.

- ¡Ah! Ésa es otra - interrumpió María. Iba a decírtelo cuando me llamaste, pero como lo tuyo era tan fuerte, y no me dejaste hablar..., el caso es que tampoco viene a mi casa. Me dejó una nota en la cocina, en la que decía que estaba harta de limpiar, y que se marchaba a Trinidad y Tobago. ¡Qué gente tan rara!

SERVICIO OBLIGATORIO

Aquella tarde, la lluvia fue el hilo conductor de un suceso grabado a fuego en el calendario de mi existencia. En un principio no era mucha. Apenas una suave llovizna que hacía relativamente cómodo el transcurrir por la autovía, lo que me hizo pensar en llegar a mi destino sin tener que hacer parada alguna: <una hora más a este ritmo, y en casa>. Pensaba en eso, cuando un enorme nubarrón tiñó de negro todo lo abarcable a través del parabrisas. De inmediato, un denso aguacero me impedía ver a una distancia razonable. Los limpias, a su máxima exigencia, se mostraban impotentes para desalojar tanta agua, y ya no podía desplazarme a una velocidad adecuada.

Tras unos instantes de incertidumbre, decidí la parada, y me eché a un lado hasta encontrar una vía de servicio con el indicador de cafetería que, tras un leve giro a la derecha, me llevó hasta un edificio frente al que aparqué. Salí del coche agazapado y con la gabardina sobre la cabeza; pude ver, de reojo, un letrero de neón con destellos color lila y una puerta de estilo dórico en la que había un personaje vestido de mariscal, con botones dorados, flecos en las hombreras, y una gorra de plato con cordoncillo, que me daba paso al local haciéndome una sutil reverencia. <Aquí me clavan – sospeché – pero, hasta que remita el diluvio, me tomaré algo

tranquilo y resguardado.>

Una vez dentro de aquel local en penumbra, me dirigí a la barra, donde dejé la gabardina y apoyé los codos, recostándome ligeramente. Al momento, apareció el camarero, camisa oscura con chorreras y pajarita: - ¿Qué le sirvo, señor? - dijo, educadamente. - Póngame un gin-tonic de...- le di mi marca favorita tras pensar un instante -. Esbozó una leve sonrisa que pareció indicarme que allí no se podía elegir, y sacó una botella rellenable que volcó sobre un vaso hasta arriba de hielo.

Al primer sorbo, sentí que algo mullido tocaba mi espalda. Me giré, y vi a una señora rellenita que me rozaba con el pecho, enorme y al aire. Llevaba una diadema y unas medias hasta la cintura que cubrían un tanga negro rematado con una borla. - ¿Me invitas? - preguntó con voz suave y carraspeante. <¡Alto! - pensé -, esto no es lo que esperabas>, y la aparté con suavidad, apenas un leve roce. No se fue. Por el contrario, siguió metiendo sus mamas en mi camisa. Me sentí agredido y volví a separarla, ya empujando un poco más, con gesto irritado, y negándome claramente a su propuesta, cuando alguien me agarró por el cuello de la americana. Al volverme, vi a un tipo de casi dos metros de alto por más de uno de ancho, un mastodonte que me asustó. - ¿No ha oído lo que ha dicho la señorita? - dijo, bruscamente, y en un tono amenazante. Dudé, y con muy buenos

modales, contesté que <sí, pero que yo sólo quería tomarme algo tranquilo y marcharme>. No atendió a razones, me volteó, me levantó por las solapas y, acompañado de la gorda (ya no era rellenita, era gorda), me llevó en volandas, mientras mascullaba: - de aquí no se va nadie sin recibir un servicio, es obligatorio -. No pisé el suelo hasta que llegamos a un cuartucho con algo más de luz, de ventanas negras y una camilla en el centro. - Suélteme, oiga - interrumpí -, ¡qué modales!, pero nada, ni caso. Me revolví, indignado, y apareció un señor bajito, con cazadora de cuero, de tez morena, cejjunto, y con un bigote retorcido, que cerró la puerta y me agarró por los pies. Me pusieron en la camilla y me fueron desnudando. Casi rendido, noté un descuido en el forcejeo e intenté escabullirme, pero me volvieron a sujetar, y el bajito, que parecía turco, separó con sus dedos los polos de un cable pelado y me lo arrimó, atizándome dos descargas que me hicieron gritar: - ¡basta! -. Se calmaron un segundo. - Haré lo que ustedes quieran, pero no me hagan daño - dije, vencido por la tensión del momento.

Tras un momento de respiro, me ataron pies y manos, y quedé, bocarriba en aquella camilla, con sólo los calcetines, a merced de la gorda. Ellos salieron de la habitación. La gorda me observó fijamente, haciendo obscenidades con la lengua, y se abalanzó sobre mí, besuqueándome repetidamente en torso y piernas. Luego, se enfrentó a mi sexo, que estaba a medio camino entre la excitación y el abandono, y lo enganchó con su boca dándole un chupetón salvaje, mientras

una sacudida longitudinal me dejó rígido y sin pestañear, hasta que, después de varias refriegas, frenó en su empeño viendo que aquello no respondía debidamente. - Se acabó el tiempo, cariño - dijo. Y se marchó.

No me dieron tregua. Los dos hombres volvieron a entrar, me desataron, me quitaron sesenta euros de la cartera y me devolvieron las ropas. -Vístase- dijo el grandón, con una sibilina sonrisa. Y ya se puede ir - añadió -.

Salí de allí temblando, con una ira contenida y, a pesar de que continuaba el tremendo chaparrón, arranqué el coche y abandoné el siniestro recinto, no sin antes aguzar el sentido visual para ver el nombre del local. Ni siquiera volví a por la gabardina. A duras penas, con los ojos pegados al parabrisas, hice unos kilómetros hasta la indicación del primer pueblo, donde me introduje, despacio, buscando un lugar en el que pudiera denunciar lo sucedido. No tuve que esperar porque, nada más enfilar la calle principal, divisé un cuartel de la guardia civil, inconfundible, con el ancestral “Todo por la Patria”. Paré, y entré. Me vieron pálido, cariacontecido, arrugado y empapado. - Siéntese- dijo el que estaba en la mesa del fondo con el letrero de “cabo”. - ¿En qué le podemos servir? - añadió.

Tras una breve pausa, le conté, detalladamente,

todos los pormenores del desgraciado incidente, y él, impasible, por más que intenté hacerle ver lo grave del asunto, parecía tomarme el pelo haciendo redondelitos y estrellitas en la hoja del parte de denuncia. Justo antes de terminar mi exposición, cuando le relataba lo del abuso en la camilla, me interrumpió: -¿Es usted casado?- preguntó, con un tono de chanza. - Sí - respondí. - Entonces, le aconsejo que lo deje estar, esa escena estará grabada y a buen recaudo- dijo con aire de suficiencia. -Ya sabe, estas cosas es mejor que no trasciendan - puntualizó.

- No estoy conforme - repliqué. Le estoy relatando un hecho doblemente delictivo, y usted pretende pasarlo por alto. Quiero hablar con su superior - concluí, sin abandonar mi estado trémulo.

- El oficial de guardia está al caer. Si quiere, espérole en esa sala - me ofreció, imperturbable.

Esperé sentado casi media hora, hojeando una revista atrasada, hasta que apareció. Me di cuenta porque el cabo hizo el saludo: <a sus órdenes, mi teniente>. Me miró, volviéndose, y pude observarlo alzando mis ojos por encima de la revista. Entró en un despacho contigo. Me levanté, y cuando el cabo hizo ademán de acompañarme, intervine, diciendo: <mire, lo he pensado mejor, y creo que usted tenía razón. Tal vez convenga dejarlo estar>. Y salí de allí con prisa.

El chaparrón remitía. Había renunciado a mi denuncia justo después de ver a aquel teniente bajito, de tez morena, cejijunto, bigote retorcido,

que parecía turco, pero ahora vestido de verde y con tricornio.

(Con el cariño y respeto que merece una institución en la que, como en cualquier otra, podría haber una oveja negra.)

PUENTE AÉREO

I

Uno de los lugares en los que más se hinchan los pies es en los aeropuertos. Se hinchan otras muchas cosas, pero ya con los pies rebosando el calzado. No sé cuántas horas llevo de acá para allá, con este demoledor trabajo, y luego todos estos pasillos, escaleras, la temperatura, las bolsas, el atisbo de ansiedad. Por fin estoy sentado en la sala de espera de mi vuelo, que anuncian para dentro de más de una hora, así que mis pies seguirán presionados por los zapatos, al menos dos horas más. Me vendrá bien observar a toda la gente que me rodea y tomar notas de los múltiples comportamientos. Así se hará más corta la espera y más útil el tiempo.

En la misma sala hay cinco puertas, tantas como salidas para acceder a los aviones. Alrededor de cada puerta, los sufridos pasajeros, con cara de resignación, se agrupan en bancos corridos, bastante incómodos, con las posturas más diversas. Uno, encorvado, cruzado de piernas, intenta hacerse con un crucigrama mientras masca chicle, con tanto ahínco, que su barbilla sobrepasa el nudo de la corbata en el punto más bajo de la trayectoria

de su mandíbula. Otro, en diagonal al asiento, apoya el codo derecho en el respaldo y las piernas sobre la maleta. A mi lado, una joven habla por el móvil, que sujeta entre hombro y oreja, abriendo sólo media boca, porque la comisura de la otra media mantiene presa la tarjeta de embarque; mientras, con las manos, se ata las deportivas. Hay una niña gordita que corretea sin parar, ligera, casi etérea, con zapatos abiertos, más cómodos que los míos, desde luego, que hacen que mi sana envidia forme parte del tremendo contraste. Su madre, con desgana, intenta que se tranquilice: <Martita, no corras, ven con mamá>, dice, pero con tan poca fuerza, con tal desidia, que temo que el claqueteo de los merceditas de Martita nos acompañará hasta la partida.

Detrás de mí, dos jóvenes, aún ilusionados - lógico a su edad - con el trabajo, hablan de la bolsa con naturalidad y desparpajo. <Que si con Caprabo ya no cuentas, después de su venta; que me den todas las constructoras que quieran a pesar del bajón momentáneo; que si ojo con Deloitte porque, si absorbe a Anderssen, habrá que vender>... un montón de chismes mareantes. Los móviles suenan y suenan, cada uno con su musiquita. En más de uno, se oye la sinfonía 40 de Mozart, el único, el más grande, quien, entre Luis Cobos y las compañías de telefonía, puede acabar pareciéndonos uno de tantos. Para evitarlo, cuando llegue a casa, pondré el Domine Jesu de su Réquiem, la pieza más genial jamás compuesta. De momento, cambio y cambio mis palpitantes y

doloridos pies de posición.

Unas cuantas personas se agolpan junto a la puerta cinco, la de mi vuelo, media hora antes de su salida. No puedo entender cómo les trae más cuenta estar de pie treinta minutos, para ocupar un lugar delantero del avión durante sólo un poco más de tiempo, los escasos tres cuartos de hora de viaje. Yo, con la paliza que llevo encima, prefiero seguir sentado aunque vaya en la cola.

En la fila que se va formando, puedo apreciar los efectos de una dura jornada. Una señora, que lleva un traje de chaqueta con más pliegues que la falla de San Andrés, y una carrera en la media que le llega hasta el corvejón, adopta una postura tendente a fomentar la escoliosis. ¿Dónde he visto esa postura? Creo que en el anagrama de un laboratorio farmacéutico, en el que aparece una serpiente abrazando una copa... Un señor tiene el maltrecho nudo de la corbata más cerca del bolsillo que del cuello de la camisa, que le sobresale por fuera de un pantalón con la cremallera a medio subir.

Mientras escribo, una voz anuncia el retraso, por causas técnicas, de nuestro puente aéreo, y un murmullo de desaprobación descorazona más, si cabe. <¿Cómo no va a haber retraso, si no hay avión al otro lado del “finger”?>, dice un exaltado, y añade un <no vuelvo, no vuelvo>, entre gruñidos, mientras golpea el mostrador de control. En efecto, para que entremos al avión tienen que salir primero los que vienen en él, además de “limpiarlo” en cinco minutos, operación que, como

las integrales curvilíneas, sigue fuera de mi alcance.

Me hago a la idea de una espera más larga. Lo siento por mis pies, cuya queja no da tregua. Será falta de urbanidad, pero debería estar permitido descalzarse; lo estoy deseando, aunque creo que no sería buena idea, porque no todos olemos igual. La fila que se había formado se dispersa, unos al lavabo, otros a la cafetería, y los demás, de nuevo al duro asiento.

II

Iluminados por unos potentes focos, mis pies aparecen ante mis ojos como dos botas de vino; oscuros, de un color liliáceo, inflamados, enormes, con las venas marcadas. No me veo las uñas, casi escondidas bajo los pliegues de la carne amoratada. El especialista mueve la cabeza con tono de desaprobación:

-Pero ¿cómo ha podido llegar usted a este punto? ¡Fíjese cómo tiene las extremidades inferiores! No sé si vamos a poder hacer algo.

Yo permanezco callado, tan sólo intento recuperarme de la impresión. La enfermera, una mujer grande, ancha, robusta, también interviene:

-No he visto nada igual en mi vida, se lo aseguro. No me gusta nada, pero nada.

Intento decir algo pero la voz no me sale, parezco hallarme en un estado de trance. Después de un silencio interminable, articulo algo:

-Miren, anoche llegué a casa, tras uno de mis puentes aéreos de trabajo, con un dolor de pies insoportable. He pasado una noche horrible. Ni los analgésicos me calmaban. Ustedes sabrán más que yo de este repentino cambio fisiológico...

Me miran con frialdad. El médico dice que parece evidente que es un síndrome de Madura o algo así, aunque a mí eso no me dice nada, y se retira por un momento. La enfermera me levanta los pies con energía para dejarlos caer de golpe contra la camilla. Yo la sujeto por los brazos para frenar sus acometidas:

-¿Se ha vuelto loca? ¿Cómo me hace eso, si estoy en un grito?-. No tengo tiempo de nada más, porque mi mirada se va hacia el médico, que entra con una herramienta muy grande, en forma de tenaza. La abre y la cierra varias veces, mientras se me acerca con una mirada perdida que me asusta.

-¡Quieto!-, le digo- ¿Qué va a hacer con eso?

-No entorpezca mi labor, relájese-, me dice, mientras la enfermera me sujeta por las piernas. - Hay que sangrar-, añade.

-A mí no me sangra nadie en estas circunstancias, y menos con ese trasto, salvaje-, balbuceo, ya muy preocupado, porque no puedo soltarme de la enfermera...

Lucho con todas mis fuerzas, evitando que el médico me llegue a tocar con esa herramienta,

entre ayes y palabras malsonantes, hasta que veo entrar a un celador con una jeringuilla enorme. Oigo al médico que grita: -Habrá que sedarlo-, y el celador, sin dar tregua, me clava la aguja en el hombro con violencia.

III

Una señora que está a mi lado, y que antes no estaba, me ha dado un cachetito en el hombro que hace que me despierte:

-¡Joven, se le han caído el bolígrafo y un cuaderno!-, me dice. Además, está usted a punto de caerse, porque lleva un rato retorciéndose en el asiento-. Me doy cuenta, tras agradecérselo, de que me he quedado como un tronco, que todo ha sido un sueño debido a mi cansancio, y que, por si fuera poco, he perdido mi vuelo. Me miro los pies y emito un suspiro de alivio por verlos normales, con la hinchazón propia de las salas de espera, pero reconocibles. Pues nada, a intentar cambiar la tarjeta de embarque para el próximo, a tomarme un café para evitar que me pase lo mismo y, tal vez, a escribir algo más en mi recuperado cuaderno de notas. ¡Qué desastre! Lo de mis pobres pies va para largo...

Por cierto, Martita no iba en el vuelo perdido, porque sigue yendo y viniendo con el claqueteo de sus merceditas de charol.

VACÍO

Julio estaba seguro de que era el momento indicado para llevar a cabo su plan. Hacía varios meses que ahorraba su paga semanal con ese fin. Tenía su casa a la vista, pero seguía allí, parado en una esquina, mientras oscurecía.

- No voy a ir a casa hoy, mamá - se decía, en voz baja. No quiero verte enfadada más tiempo. Desde que se fue papá, estás insoportable y me regañas mucho. Lo he pensado bien y quiero irme a un sitio en el parque. Ya tengo nueve años, no necesito a nadie con mal humor, el que tienes la mayoría de los días. Y lo peor son los fines de semana, cuando viene ese novio que te has echado, que parece tu chófer - ¿Te llevo a alguna parte, cielo? - Es un cursi. Y si te lleva, me dejas en el chalet de tu amiga Lola y me toca dormir en la habitación del servicio, que está hecha un asco y huele raro, por eso nunca duermo. Cuando hay viento, las ramas de los árboles rozan con las paredes de la casa y me despiertan... No me gusta que venga ese Sergio porque, si estás con él, no me haces caso. Yo te quiero como eras antes, cariñosa, tierna. Me gusta que me des besos y abrazos, y que me cuentes cosas, que ahora parece que todo son secretos, y a mí, según vosotros, ni me interesan ni me importan. No voy a ir - insistía, hablando consigo mismo -.

Poco después de la última reflexión, se dirigió al parque. Por el camino, le asaltó Edu, un buen compañero de clase: - ¿Adónde vas Julio? - le preguntó. Julio siguió andando, sin contestar, tal vez dándose cuenta de que sería difícil que su mejor amigo se quedara sin respuesta. - Como eres un tío legal, te lo diré si guardas el secreto - dijo -, pero júrame que será entre tú y yo. Edu accedió, y Julio se lo contó todo. Mientras le iba relatando el cómo y el porqué, a Edu se le abrían los ojos y la boca, tal vez pensando que Julio era el más valiente del mundo, porque le comentó que él no se hubiera atrevido a hacer eso - ¿Y no vas a volver a casa mañana? - preguntó Edu. - No pienso volver - contestó Julio.

Edu le hizo más preguntas, porque quería saber cómo se las arreglaría.- Pienso dormir en el pequeño caseto que hay al final de los columpios, ya sabes, el que está pintado de colores. En la mochila llevo una manta y paquetes de jamón y queso, galletas y picos de pan. Me pueden durar dos días. Cuando se acaben, tengo dinero para más - explicó convencido.

Edu le acompañó hasta el caseto, vio cómo se instalaba, y se despidió cuando se encendieron las farolas. - Si necesitas algo, te lo traeré - le dijo con aire de complicidad mientras se marchaba, mirando atrás cada vez que daba unos pasos.

Julio se quedó solo. - Hoy te vas a llevar una sorpresa, mamá - murmuraba en voz baja. Cuando veas que no aparezco, vas a pensar mucho en mí,

que es lo que quiero; espero que durante días. Aquí tengo de todo, incluso agua de la fuente. Don Damián nos dijo una vez que sólo con agua se puede sobrevivir medio mes; no tendré problemas, estaré bien. Cuando pienses en mí, espero que desees que esté contigo y me quieras más, mucho más que ahora -.

Julio comió unas galletas y, envuelto en la manta, se apoyó en el rincón del caseto y fue quedándose dormido.

No durmió mucho porque, a mediados de Noviembre, el frío se dejaba notar traspasando con facilidad las débiles paredes de madera y, aun vestido, con cazadora, y con la manta, no acababa de protegerse bien y se despertaba con frecuencia.

Vio la primera luz del día por la rendija del ventanuco y decidió salir a estirar las piernas. Su reloj marcaba las siete y media y pensó en el colegio, donde todos sus compañeros notarían su falta a partir de las nueve, pero él no podía ir - volvió a farfullar, hablando para sí mismo -, porque sería descubierto al instante, y avisarían a su madre quien, según él, aún debía pasar más tiempo con la sensación de la pérdida.

Tras dar una vuelta, volvió a por la mochila, donde tenía que estar la bolsa de comida. Para pasar el momento de hambre comió unas galletas, y luego bebió agua de la fuente. Más tarde, se metió de nuevo en el caseto porque venía gente que podía reconocerle.

Al cabo de un buen rato, empezó a sentirse aburrido, y sus pies fríos no le ayudaban a descansar, así que, abrió el ventanuco para tener más luz y optó por leer algo. Escogió “Las Aventuras de Tom Sawyer”, que habían empezado a leer en clase días atrás y formaba parte de los libros recomendados para su curso.

Entre leer, echar una cabezadita, salir a estirarse, y comer un poco de jamón, queso y unos picos, pasó el tiempo necesario hasta que Edu, que salió corriendo del colegio, se acercó a visitarle. Avisó, golpeando la puerta con los nudillos, y llamándole en voz baja: - ¡Abre, que soy Edu!

- ¡Vaya revuelo has armado, tío! - le dijo mientras recibía el fuerte abrazo que le dio Julio, contentísimo por la visita, después de la larga noche y tediosa mañana. Todos te están buscando. Han venido tus padres, tu madre y tu verdadero padre. Tu padre dijo que había dado una foto tuya a la policía para que les ayude a encontrarte. Tu madre lloraba, y Don Damián, dijo que eras un buen chico y que no podía creérselo. Yo he estado callado y no he dicho ni mú.

- ¿Mi madre lloraba? - interrumpió Julio.

- Sí. Estaba muy nerviosa. Cada poco, se iba secando las lágrimas, y no hablaba. Nos han dicho que te busquemos todos - contestó Edu.

- Ahora sí llora. Antes no, cuando, con los ojos muy abiertos, me regañaba continuamente por cualquier cosa. Decía muchas cosas malas de mi padre. Yo creo que nos regañaba a los dos a la vez. Mi padre no se tenía que haber ido – le contaba

Julio.

- Me tengo que ir a comer ahora. Por la tarde, que tendré más tiempo, te traeré cosas y me quedaré un poco más - propuso Edu. Y se marchó.

Julio vio como se iba. Luego se metió al caseto, justo cuando oía que alguien iba a cruzar por delante.

Las siguientes horas le parecieron interminables. Leyó otro poco, aunque todo perdía interés por la sensación de vacío que empezaba a experimentar. En su mente irrumpía la imagen de su madre y no podía concentrarse. Por un momento, el cansancio hizo que se quedara dormido.

Se alegró cuando escuchó de nuevo a Edu llamar. Le abrió, y le vio entrar algo sofocado.

- He tardado un poco porque la pesada de Susana me quería acompañar y me ha costado despistarla. Te he traído un bollo y una chocolatina - le dijo.

- Gracias, tengo mucha hambre y es lo que más me gusta - contestó Julio más animado.

Charlaron un buen rato en voz baja, porque los columpios, que estaban cerca, se llenaban de niños a esas horas. Julio, mientras, daba buena cuenta de bollo y chocolatina. Poco después, se tuvieron que despedir: - No te preocupes, tío. Vendré siempre que pueda - le dijo Edu, marchándose casi en cuclillas.

De vez en cuando, Julio se incorporaba para mirar por el ventanuco, pero volvía a sentarse en el

duro y frío suelo. Cuando anocheció, salió a beber y a hacer sus necesidades, algo con lo que no contaba, por lo que no tuvo más remedio que arrancar la primera hoja del libro para limpiarse medianamente bien. - A fin de cuentas, en esta hoja sólo pone el título, bisbiseó -.

Pasaron varias horas más, y volvía a pensar en su casa y en su madre. Seguía contándose todo lo que pasaba por su cabeza. De nuevo la sensación de vacío. Comió otro poco, y observó que, de momento, la poca luz que reflejaba una farola cercana le ayudaba a ver algo, pero que le vendría mejor una linterna. Se la pediría a Edu.

Cuando se puso la manta y se arrimó al rincón, la sensación de frío y el llevar tanto tiempo sin calentarse le pasó factura. Poco a poco, quizá porque se hacían más presentes su madre, su casa y su cama, acabó por argumentar, inconscientemente, contra su situación. - Creo que mamá no debe llorar más - se dijo. Ya me habrá echado bastante de menos. Además, ya he demostrado que aquello no estaba bien, y sabrá que me tiene que querer más.....- proseguía. Si no me regaña tanto, hasta podría aguantar a Lola y su habitación, que son mejor que esto.....

A las dos de la mañana, Julio salió de su refugio, destemplado y algo sucio, convencido de que ya había hecho lo suficiente para reivindicarse, y se encaminó a casa. Se escondió en una esquina hasta que un borracho, que pasaba dando voces, se

apartó de su camino.

Cuando llamó al timbre, su madre respondió al instante, porque estaba a la espera de cualquier noticia. Nada más decir su nombre, sonó el testigo de desbloqueo de puerta y Julio empujó para entrar. Su madre, que había soltado bruscamente el telefonillo, bajó corriendo y, perdiendo una zapatilla, se abrazó fuertemente a él en el portal.

- ¡Cariño! ¿Dónde has estado? - preguntó, con una emoción profunda, casi con taquicardia.

- He estado en el parque, mamá. Me fui porque quería que me hicieras caso - dijo Julio, muy tranquilo, mientras recibía los cálidos besos y abrazos que él quería sentir antes de escaparse.

LA CORISTA

(Este relato está basado en hechos y personajes reales)

A los caballos se les hizo muy dura la cuesta abajo. Los animales tenían que hacer de freno del elegante carruaje Gala, cuyo mecanismo de fricción era su punto débil, y el desnivel a salvar suponía para ellos un gran esfuerzo. El conductor agradeció en su día el gesto de cesión de varias de estas berlinas de la Armada al Ayuntamiento. Mejor era ir en ellas que andando, pero en la cesión no estaban incluidos los caballos, y éstos, en lugar de amaestrados cartujanos, eran percherones con escasa educación. Nada más conseguir la parada completa, desde un corrillo, se oyó exclamar: ¡La policía!

Antonio Cardoso era inspector de policía en la comisaría del Distrito Centro de Madrid. Se apresuró a llegar al lugar de los hechos, nada más ser avisado de que una persona había caído al vacío desde el Viaducto. Cuando llegó, no pudo más que certificar su muerte. Procedió a identificar a la víctima. Vació los bolsillos de gabardina y americana que vestía, y encontró una billetera de piel que contenía el carné de identidad con todos los datos necesarios. Halló, además, diferentes objetos personales y una agenda con direcciones, teléfonos y memorándum de fechas.

Una vez hecha la composición del lugar, dio

orden de traslado del finado a los camilleros de La Cruz Roja, y regresó al despacho acompañado de dos agentes que le precedieron en el escenario del suceso.

Era una mañana fría de noviembre de 1916, en un Madrid relativamente tranquilo, en el que hacía más de un año que casi nada pasaba, a pesar de que la primera guerra mundial, en la que España se declaró neutral, estaba en boca de todos. Unos años atrás, Antonio Cardoso, sí tuvo cierta continuidad en hechos relevantes: el atentado contra el Rey, los ecos de la crisis de Marruecos, la Semana Trágica de Barcelona, - todo repercutía en Madrid -, y los rápidos cambios de gobierno, del conservador de Maura al liberal de Moret, y de éste a la presidencia liberal-demócrata de Canalejas, asesinado hacía unos años.

Tenía Madrid poco más de 600.000 habitantes, casi la mitad de los cuales eran inmigrantes, y se extendía, en unos seis kilómetros, desde el centro comercial, alrededor de la Gran Vía y el eje del Paseo del Prado y Recoletos, con los principales edificios públicos y locales de espectáculos, donde se alojaba la clase media, hasta el norte de Cuatro Caminos por un lado, y hasta el sur del Rastro y Puente de Toledo por otro. La vaguada de la calle Segovia se salvaba con un viaducto de hierro y madera, lugar de los hechos.

El cinturón del extrarradio que bordeaba la ciudad, se formaba a partir de pequeños núcleos de casas anárquicamente construidas a lo largo de las

vías de tráfico: Tetuán de las Victorias, Corredera de Chamartín, Camino de Hortaleza y Carabanchel.

Cardoso era un hombre tranquilo, difícil de alterar, que se tomaba su tiempo; era muy perspicaz y de mirada penetrante, moreno, alto, de cuarenta años, con pelo abundante y un mínimo bigote. Había pasado por todos los rangos policiales, hasta llegar, a los veinte de servicio, al de comisario jefe, con categoría de inspector.

Empezó a relacionar lo ocurrido en el impreso oficial. Anotó que el cadáver portaba un documento a nombre de Mauricio Peña, de 34 años, soltero, vecino de Madrid y natural de Burgos, y a la vista de tarjetas y contenido parcial de su agenda, pertenecía a la plantilla del Banco de Vizcaya. Una vez redactado el acta, se ausentó de la comisaría para encaminarse a la joven y flamante sede del banco en la contigua calle de Alcalá.

Don Enrique Ocharán era el presidente de la sede madrileña de la institución, y estaba en ella desde su inauguración en 1901. Recibió a Cardoso con un afectuoso saludo, aun con la incertidumbre que conlleva este tipo de visitas.

- ¡Adelante!- dijo con una sonrisa -. ¿Qué le trae por aquí?

- Me temo que nada bueno para usted. Vengo a darle la noticia del fallecimiento de Mauricio Peña, a quien considero, a la vista de su agenda, empleado de este banco.

- Mauricio Peña es interventor y apoderado de

esta institución, y mi hombre de confianza en asuntos de inversiones.

- Era, Don Enrique, acabo de hacer el informe.

- ¡Me deja de una pieza! ¿Cómo ha sido?

Cardoso explicó los detalles, y preguntó acerca de la personalidad de Mauricio, forma de vida, círculo social, etc..., que pudieran darle una perspectiva más amplia a lo acontecido.

- ¿Piensa en el suicidio? - intervino Ocharán.

- No estoy seguro de nada. Es mi obligación hacer determinadas comprobaciones antes de cerrar definitivamente un caso. Lo que sí puedo afirmar es que, en los últimos dos años, no ha pasado por mis manos ningún caso de suicidio, y Madrid no se distingue por ello.

- Bien. Mauricio era un hombre ejemplar, muy querido y respetado en la entidad. No se le conocían enemigos ni detractores. Era huérfano y, de su familia, creo que sólo vive una hermana en Burgos. Se le relacionaba con una mujer perteneciente al coro del Teatro de la Zarzuela y... poco más. Si le parece, me encargaré de revisar los asuntos que tenía en curso, y le informaré lo antes que pueda.

- De acuerdo, llámeme mañana, por favor.

Cardoso salió del banco y, en la misma puerta, reconoció a Alejo Fuentes, redactor jefe del Diario del Siglo XX, extrañándose de la rapidez con la que se movían en la prensa.

Ya en la comisaría, observó detenidamente la agenda de Mauricio, para retener todo lo necesario

antes de devolver sus pertenencias. En ella pudo ver las citas pendientes, dos de ellas sin especificar:

Jueves: reunión con Mendoza y Otamendi, de la ingeniería.

Viernes (por hoy): Ana, Teatro.

A primera hora de la mañana del sábado, Cardoso recibió la llamada de Ocharán quien, tal y como habían acordado le comentó que, después de despedirse, recibió al redactor jefe del Diario, y tuvo que anular una cita con dos personas que se presentaron para hablar con Peña: Carlos Mendoza y Miguel Otamendi, a quienes recibiría el lunes a primera hora, quedando Cardoso invitado por la posible trascendencia del encuentro.

Cardoso comprendió que todo quedaba para el lunes siguiente, y se dedicó a atender otros asuntos del día.

El lunes por la mañana se produjo la citada reunión en el despacho de Ocharán. Debidamente presentados los cuatro personajes, Mendoza hizo un poco de historia para entrar en detalle: - Hace tres años, estuve de viaje de novios en París y, a mi vuelta, comenté a mis dos socios en la ingeniería, Otamendi y Echarte (hoy en San Sebastián), que debíamos ponernos en marcha con la preparación de un proyecto para dotar a Madrid del transporte de moda allí, rentable y necesario, alternativa al ómnibus y a las once líneas de tranvía, y definitivo por las posibilidades de futuro: el Metropolitano (Metropolitain). La idea no es nueva. Hace años,

José Borés no tuvo suerte, al no presentar estudio técnico económico, cosa que nosotros sí hemos hecho, de forma detallada, y hemos logrado interesar a la Alcaldía y a la Casa Real, que nos han dado su apoyo en las personas del alcalde y el Rey, respectivamente, pero con escasos medios económicos, ya que están dispuestos a ayudar, pero el grueso de la inversión, estaba previsto que viniera de la concesión de un préstamo bancario, con la oposición, por diversas razones, de todos los bancos, a excepción del suyo, Don Enrique, que tenía la escritura del préstamo de cuatro millones para ser firmada el mismo día del fallecimiento de Mauricio Peña.

- Estoy al tanto de todo - dijo Ocharán -, pero he preferido que Antonio Cardoso escuchara el relato completo. Yo di el visto bueno a Mauricio para empezar con la gestión, y espero que, esta tarde, y en presencia del notario quede todo firmado. Nuestro banco asume el riesgo. Hemos llegado los últimos al circo bancario, por tanto, si queremos crecer, tenemos que arriesgar. Los intereses, y cédulas de concesión y fundación, están descritos tal y como acordamos. ¿Han conseguido ya el resto del dinero?

- La ciudad pondrá tres millones, y ya estuvimos en contacto con Don Alfonso XIII, quien nos escuchó en persona, para que la Casa Real se interesase por el millón que falta, pero al Rey no le respalda nadie más en Palacio, ya que según su secretario, el Duque de Miranda, el Rey se encapricha con todo, pero desconoce el estado de

cuentas de su propia Casa, por lo que tendremos que seguir trabajando en el último millón, a lo que ayudará la firma de este préstamo - aseguró Otamendi.

Cardoso siguió atento al resto de las explicaciones hasta el final de la exposición. Una vez concluida la reunión, pidió a Mendoza y Otamendi que tomaran con él un aperitivo hasta el momento de la cita con el notario, accediendo ambos encantados.

Poco después, los tres dieron cuenta de un buen caldo y algunos fritos en L'hardy, mientras comentaron al inspector lo que omitieron ante Ocharán para evitar un paso atrás en las negociaciones: habían sido amenazados por el resto de entidades bancarias, que podían quedar al descubierto en la operación con su sociedad. En concreto, los bancos de Santander y Español de Crédito, a la cabeza de los poderosos, cuyos presidentes se habían puesto de acuerdo en no otorgar crédito alguno, ya que, según ellos, Madrid no estaba preparada para acometer y beneficiarse económicamente con el ferrocarril subterráneo.

El resto de los bancos solía mantener la estrategia de éstos, y corría el rumor de que abortarían la suscripción de participaciones en la sociedad resultante, aparte de influenciar negativamente a la inversión privada.

Tras una despedida cordial, Cardoso les pidió que acudieran a él en caso de suceder algo que

podiera influir directamente en el caso. Los dos ingenieros volvieron a la sede del banco.

En ese momento, se estropeó el tiempo. Comenzó a llover, con lo que incomodaba la lluvia en otoño, por la amalgama del barrillo de las bocacalles con las hojas secas caídas de las acacias y los excrementos de tanto equino tirando de carruaje, a pesar de que, en la zona centro, las vías principales estaban empedradas.

Cardoso se preparó para abordar al segundo personaje de la agenda, y se encaminó hacia el Teatro de la Zarzuela, magníficamente reconstruido, hacía justamente un año, por Cesáreo Iradier, tras el importante incendio, y del que todo Madrid se sentía orgulloso.

Allí preguntó por Ana Muñoz, pero le dijeron que sólo pasaba por el teatro sábados y domingos, durante las representaciones, así que debía localizarla en su domicilio, ¡a quince kilómetros de la Puerta del Sol!, lo que pareció disuadirle por el momento, hasta que volvió a ver a Alejo Fuentes, del Diario, a quien saludó cortésmente, dándose cuenta ambos de que iban en el mismo sentido, con intereses diferentes pero paralelos.

Alejo era hombre capaz, influyente, con dinero (se decía que había heredado), muy alto y escaso de pelo, y uno de los pocos madrileños que poseía automóvil, un Ford T de dos cilindros que alcanzaba la increíble velocidad de 40 kilómetros a la hora.

- ¿Cuál es su siguiente paso? - preguntó el

comisario.

- El mismo que el suyo - replicó Fuentes. Para no hacérselo muy difícil, le propongo llevarle al domicilio de Ana Muñoz en mi Ford, a cambio de que mantenga confidencialidad, por el momento, acerca de mis averiguaciones, ya que su publicación no es inmediata. Es posible que podamos ayudarnos.

- Accedo. Mi curiosidad en este caso es más fuerte que la razón. Podría haberle dado carpetazo, pero confieso que, a un lado los personajes que voy conociendo, y a otro mis sospechas, me está despertando un interés superior al normal.

Después de casi una hora de viaje por lo irregular de la calzada, y de preguntar a algún vecino cercano al lugar, se aproximaron al domicilio de Ana Muñoz, en la vía de Barcelona, junto al río Henares, y perteneciente al Real Sitio de San Fernando, donde la casualidad hizo que se encontraran con otro automóvil frente a la puerta. Era una casa unifamiliar, más bien modesta, de sólo una planta. Al acercarse, vieron un Daimler negro con el escudo de la Casa Real. Retrocedieron para no ser vistos, y se ocultaron tras un muro de piedra.

- Con esto no contábamos – dijo Cardoso.

- A mi no me piélla de sorpresa - indicó Fuentes

-. Se rumorea que “la Muñoz” tiene contactos frecuentes con la Casa Real .

- ¿Quiere usted decir...?

- No digo nada. Son rumores.

Les interrumpió el ver salir a dos hombres de la

casa haciendo ademán de despedida. Fuentes reconoció a uno de ellos; el otro, por atuendo y cometido, era claramente el chófer.

- ¡El Duque de Miranda! – exclamó el periodista, asintiendo el comisario.

Esperaron a que el Daimler se alejara, y decidieron llamar a la casa.

Ana Muñoz les abrió con cautela, preguntando de inmediato.

- ¿Qué desean?

- Soy Antonio Cardoso, inspector de policía, y él es Alejo Fuentes - no especificó nada más, según acordaron.

Ella dudó por un instante, pero no tuvo más remedio que dejarles entrar. Era una mujer bella y estaba impecablemente vestida. Tenía el pelo rubio y suavemente ondulado, y era muy esbelta. Sin duda llamó su atención.

El comisario comprobó su identidad, para darle, inmediatamente después, los detalles del triste suceso y, tras un momento de incertidumbre, sus ojos se llenaron de lágrimas, y se dejó caer en una butaca.

Hicieron una pausa para que lo asimilase, antes de proseguir con la conversación. Ella misma intervino:

- Temía que pudiera pasar algo así, pero...no sé qué decir..., tal vez me hubiera resultado imposible evitarlo..., o tal vez no pueda cambiar lo que sucede en mi vida.

- ¿Por qué piensa que podía pasar? ¿Le habló Mauricio de problemas, presiones o amenazas?-

preguntó en voz baja Cardoso.

- Me contaba cosas, no demasiadas. Sé que gestionaba un importante préstamo, que estaba ilusionado en participar económicamente en el Metropolitano, que recibió algún anónimo..., poco más.

- ¿Cree que tenía motivos que le indujeran a quitarse la vida?

- No lo creo. Al menos, no lo parecía. Nos veíamos viernes y sábados, rara vez otro día, porque vivimos..., vivíamos lejos, y sólo voy a Madrid los días de ensayo y representación.

- Espero no importunarla - interrumpió el comisario -, pero hoy es lunes, y creemos que un coche de la Casa Real acaba de salir de aquí, probablemente después de dejarla. ¿Es correcto?

- ¿Lo han visto?- preguntó contrariada -. Bueno..., tal y como suponen, me quedé un día más en Madrid, pero me van a permitir que no les hable más de este asunto.

- No quisiéramos molestarla hoy con nuestro interrogatorio, porque nuestro objetivo hoy es informar y conocer a quienes eran cercanos a la víctima, pero permítanos una última pregunta – dijo Fuentes, mientras Cardoso le enviaba una mirada inquisidora - ¿Sabía Mauricio de sus contactos con la Real Casa? ¿A quién veía allí?

- Son dos preguntas. A la primera, les contestaré que espero que no. Eso es anterior a mí encuentro con él. He querido evitarlo para dar vía libre a nuestra relación pero, por el momento, no he podido. Además, nadie podía tener interés en

contárselo. A la segunda pregunta, no les puedo contestar.

- No la obligaremos si no lo desea, pero quiero que sepa que puedo citarla judicialmente si el caso lo requiere...- hizo una pausa y concluyó: todas las personas que tenían que ver con Mauricio estaban también relacionadas con el Metropolitano, incluso usted lo mencionó. Él parecía, en representación de su banco, el único a favor del proyecto.

- Debemos irnos antes de que oscurezca - avisó Fuentes.

- Bien. Lamentamos lo ocurrido y le agradecemos su colaboración - se despidió Cardoso.

Cuando los dos hombres se acercaban al coche, Ana les detuvo con un gesto. Se aproximó y, apartando de su rostro algunas lágrimas, dijo: Si Mauricio ha muerto para que se impida que el Metropolitano salga adelante, y yo me acabo convenciendo de que es así, les aseguro que tengo posibilidades de cambiar el curso de los acontecimientos, y actuaré en consecuencia. Vayan con Dios.

Cardoso y Fuentes se habían hecho definitivamente amigos. De hecho, en la mañana del martes, se habían citado en la comisaría por si el redactor encontraba algo que añadir a la nota de prensa.

La conversación fue interrumpida por una llamada de Otamendi, quien quiso poner al corriente al comisario del curso de los

acontecimientos. Al parecer (donde dije digo, digo Diego), el Ayuntamiento había anulado el apoyo económico al proyecto, y estaba muy apenado por ese giro brusco en la negociación. Era una parte importantísima en la operación. El recientemente nombrado alcalde, el Duque de Almodóvar del Valle, con problemas de salud, y escasa influencia e implicación, había dejado el asunto en manos de los concejales Largo Caballero y Sainz de Baranda, que ahora, no se sabe cómo, tenían decidido el veto a la inversión. El nuevo argumento de Sainz de Baranda era que el Ayuntamiento debía recibir un plus, no establecido antes, por uso del suelo público, lo que suponía rehacerlo todo, incluso presupuestos, aparte de nuevas y eternas reuniones que no aseguraban un sí definitivo. Todo estaba en punto muerto.

Cardoso comentó con Fuentes el contenido completo de la revelación de Otamendi, y el redactor creyó que, definitivamente, era el momento de que la prensa interviniera, sacando a la luz todos los detalles. Se despidieron afectuosamente, y quedaron el uno a disposición del otro.

Ya en solitario, Cardoso volvió a pensar en las últimas palabras de “la Muñoza”. Para él, Ana era amante a la fuerza de alguien en Palacio, y aunque en su interior estaba el nombre del Rey, su mente y boca lo querían pasar por alto. Pensaba en el Duque de Miranda como en un emisario, un encargado de poner a Muñoza en el punto de cita (en algún lugar

a mitad de camino, o en uno del mismo Madrid), y dejarla después, a salvo, en su casa. No le parecía posible que Luis Silvela cortejase a Ana Muñoz, al menos para provocar el rumor aludido por Fuentes, porque una persona desconocida para el gran público, no incita a tales habladurías. Así se lo había expuesto a Alejo, recibiendo otra respuesta evasiva: - Amigo Antonio, tratándose de la máxima figura de este país, sólo se debe afirmar el hecho probado, ni siquiera vale la evidencia.

También pensó que el conocimiento del doble juego amoroso de su novia, podía haber llevado al suicidio a Peña, pero parecía un móvil sin fuerza. Alguien tendría que haberlo quitado de en medio porque, por otro lado, el Viaducto no formaba parte de su recorrido diario habitual, al residir en la Plaza de Santa Ana.

La nota de prensa del soleado miércoles no aclaró nada, al no dar Fuentes apenas nombres, sin tiempo para recibir el oportuno consentimiento, pero el proyecto y las implicaciones estaban en la calle.

Fuentes también fue interpelado por ABC porque, según su redacción, Luca de Tena no estaba dispuesto a permitir opiniones rivales sin pruebas, y su línea editorial apoyaría en todo momento al monarca, con más aliados que detractores, pero él siguió indagando, y añadió algún que otro punto más sobre el asunto, aunque parecía que, con el paso de los días, perdía fuerza.

Madrid era una ciudad llena de árboles, más de la mitad de los cuales de hoja caduca, lo que la hacía muy verde en primavera y verano, pero parecer desnuda en un invierno que aquel año entró fuerte, con nevadas espectaculares, una de las cuales dejó en la calle a miles de personas que, de madrugada, no pudieron entrar en sus oficinas y talleres hasta entrada la mañana. Se retrasaron horas varias líneas de tranvía. Ese día, y otros similares, algunos pensaron que el ferrocarril subterráneo no era nada descabellado. Uno de esos días, Cardoso fue invitado por Fuentes al Teatro de La Zarzuela donde, tras la representación de “El barberillo de Lavapiés” de Barbieri, y un baile de máscaras, celebrarían el paso al nuevo año.

Los dos hombres se saludaron a la puerta del teatro, con expectación inusitada, a pesar de la nieve. Fuentes, que había visto dos veces más a Ana Muñoz, introdujo a Cardoso en camerinos, donde saludaron a la componente del coro. Ya más recuperada, les dijo que estaba decidida a liberarse de su situación de compromiso y, si fuera preciso, sacar a la luz su “infortunado idilio”. Muerto Mauricio, ya no le importaba nada.

Cardoso volvió a interrogarla acerca de los nombres en cuestión, pero no recibió, y tal vez ni quiso recibir, respuesta. Le desearon suerte, y quedaron en intentar identificarse con las máscaras.

Pasaron unos días de mucho frío y poco sobresalto, hasta que, diez días después, Fuentes volvió a localizar a Cardoso para darle una nueva

antes de su publicación.

- Querido amigo - dijo emocionado -, quiero que seas el primero en saber lo que publicamos mañana, ya que hemos vivido juntos, y muy de cerca, lo sucedido.

El 12 de Enero de 1917, se pudo saber que, tras largas y arduas negociaciones, se otorgaba la concesión de la Compañía Metropolitano Alfonso XIII. En el consejo de administración, entre otros, se hallaba Luis Silvela, Duque de Miranda. Enrique Ocharán fue nombrado presidente, y el referido Duque, secretario. Eizaguirre y Mendoza, vicepresidentes, asumiendo la dirección general, Miguel Otamendi.

Al parecer, en una reunión de urgencia, promovida por el Duque de Miranda, y ordenada por su majestad, el ministro de Fomento - Abilio Calderón -, Carlos Mendoza, Sáinz de Baranda, y el propio Don Alfonso, habían acordado los pasos necesarios para dar luz verde al proyecto. Fomento intervenía económicamente, así como la Casa Real, que ponía más dinero del solicitado en un principio, con lo que el Ayuntamiento no tenía más remedio que ceder, y poner la mínima parte que faltaba.

Los dos hombres recordaron paso a paso lo sucedido; intentaron responder a los interrogantes que iban surgiendo, para poder justificar el brusco giro en los acontecimientos, pero no encontraban ninguna conexión clara con la muerte de Peña. Pensaban que algo extraño había en torno a ella,

pero no pudieron concretar nada. Sabían, a ciencia cierta, que alguna alarma sonó en Palacio, algo que provocó la rápida actuación del monarca quien, con celo desmedido, intervino decisivamente en el conflicto, para que el Metropolitano, que llevó su nombre, saliera adelante de forma definitiva.

Más tarde, supieron que algunos particulares, entre los que se encontraba Ana Muñoz, que ya tenía residencia fija en un piso de la calle Mayor, figuraban como pequeños accionistas de la compañía, y que Luis Silvela, meses después, era nombrado alcalde de Madrid.

(+) El consejo de administración inicial lo componían Venancio Echevarría, Antonio González Echarte, Carlos Mendoza y Miguel Otamendi. Como consejeros, Dámaso Escauriaza, Tomás Urquijo, Carlos Eizaguirre, Alfredo Moreno y Luis Silvela, Duque de Miranda.

EL SUSTO

No era la primera vez que hacía el mismo recorrido, no. Durante tres años, todos los días lo mismo. De casa a la oficina, el trayecto de siempre; se podría decir que lo hacía automáticamente, controlando el vehículo con las pausas e impulsos que sólo la experiencia acaba por dominar. El ceda el paso de su calle, el semáforo en ámbar en el que no se respeta nada, la cuesta en la que hay que adelantar al autobús antes de que haga parada y te corte el paso, el cambio desde el carril lateral al central de la autovía en el último momento, colándose entre esos tontos que esperan su turno en una fila patética..., todo con tal de llegar a tiempo en el menor tiempo. Es decir, en lugar de levantarse antes e ir tranquilo, la aventura de sortear todo tipo de situaciones críticas, generando un estrés acumulativo que, sin darse cuenta, puede acabar con él. Aparte del riesgo gratuito que hace posible la tragedia innecesaria.

Ese día, distinto a los otros, en la última incorporación, en el último kilómetro, quiso colarse, como siempre, casi sin sitio, forzando a los que entraban por turno riguroso, pero nadie dejó hueco, ni un resquicio, como si prefirieran el impacto a dejar pasar otra vez al listillo; y tuvo que frenar bruscamente por no darse de frente con las

vallas de protección. Dejó el intermitente, y volvió a intentarlo una y otra vez, pero desde la posición de parado no se maniobra fácilmente, así que no lo conseguía.

Tras unos momentos de incertidumbre, sonaba, tras él, un claxon tan potente que lo estremeció. Miró por el retrovisor, y vio un enorme camión, un dumper con las ruedas más altas que su coche, que venía a fuerte tren por el carril que él, indebidamente, ocupaba. Forzó la situación, rozándose con uno de los vehículos y, sin tiempo para reaccionar, escuchó un chirriar de neumáticos, cada vez más estridente, que procedía del frenazo que dio el dumper para no tragárselo.

Tuvo suerte. El camión golpeó suavemente su vehículo y no hubo siniestro. Pero nuestro amigo, con un sudor frío que recorría su descompuesta faz, y el corazón al límite de pulsaciones, sintió, de pronto, cómo un leve peso de materia blanda manchaba, vergonzosa e irreparablemente, su ropa interior.

ANIVERSARIO

Desde la terraza del bar de aquel montículo, con un sol primaveral de media tarde, y un viento fresco que nos hizo voltear las solapas de las chaquetas para protegernos, Braulio, el tenaz reportero y yo, con mi cámara, divisamos la chopera, dos filas de álamos formados como dos centurias a ambos lados del arroyo, un hilillo de agua apenas que, cada año, a comienzos del verano, me cuenta Braulio, cuando se desvíe parte del caudal del Pisuerga, anegará la vaguada y dejará la densa alameda flotando sobre lo que entonces será río, no por más de dos semanas.

En aquel promontorio, al final de una suave cuesta que sube al pueblo, degustamos dos claretos de la tierra, a la espera de la noticia que nos ha traído al corazón castellano. Alrededor, las ruinas de murallas y castillo, testigos de un esplendor pasado, y las empedradas calles que, a nuestras espaldas, muestran el centro de un deslavazado caserío. A lo lejos, la extensa y áurea llanura.

Yo no sé a qué he venido. Naturalmente, a dar testimonio gráfico, pero Braulio, muy dado a jugar con el imprevisto, que sí lo sabe, ha preferido que sea una sorpresa para mí, y no me comentó nada. De tu observación de lo inesperado sacaremos un enfoque diferente para el artículo, me dijo.

Todo el mundo parece saberlo menos yo. En puertas y ventanas, apoyada en quicios y alféizares, está media población. La otra media, de pie, junto a nosotros; todos a la espera de algo, con la vista puesta en el sendero que lleva al arroyo, y un run-run de cuchicheos que me transmiten curiosidad e incertidumbre.

De pronto, al tiempo que se apaga el murmullo, un grito continuado surge de entre la arboleda, y se agiganta a medida que se acerca quien lo emite, que se hace visible cuando deja atrás el parapeto de la flora. Es una mujer que viene corriendo hacia nosotros, desnuda, que trae un lado de su cuerpo al descubierto, y el otro tapado con un atuendo hecho jirones, que sujeta con la mano izquierda apoyada en su hombro derecho. Cuando está a nuestra altura, observo, sólo por un instante, su aspecto decadente, y actúo con rapidez, disparando por completo el carrete para asegurar mi documento. De inmediato, nos sobrepasa agitando el brazo derecho, los ojos en blanco, y el desgarrado y pertinaz grito, ya entrecortado, mezclado con frases que todos oímos: <allí, abajo, en el arroyo, un ser enorme, un sátiro, - da un grito -, me ha violado, - da un grito más y suelta un gemido -, he sido poseída varias veces, - otro grito y otro gemido -, que Dios me perdone, - largo gemido -, y otras sentencias que apenas se entienden...>, y le vemos el pecho y el pubis, y nos da la espalda al enfilar, calle arriba hasta su domicilio, donde desaparece apagando sus voces.

Concluida la escena, unos se alejan lentamente de allí, hablando en voz baja, sin sobresaltos, y vuelven a sus casas; otros abandonan el mirador de unas ventanas que cierran, corriendo visillos, hasta que, en unos minutos, el silencio envuelve al pueblo por completo.

Extrañado por todo lo que me rodea, el hecho en sí, su desarrollo, y el aspecto de la mujer, enjuta, muy entrada en años, con el pelo blanco, llena de arrugas y flacidez por todo el cuerpo, exijo, ahora sí, una explicación a Braulio, que toma nota de todo sin inmutarse. Me aclara que yo he venido aquí para hacer fotos, pero él, como todo el pueblo, sabe que, desde hace cuarenta años, todos los siete de abril, a esta misma hora, no importan frío, lluvia o nieve, Rosario, la loca, rememora, con esta representación, la no sabe nadie si cierta o supuesta cita con aquel libidinoso príapo que la forzó en la alameda con el arroyo por testigo.

LOS CANDELABROS

Éramos recién casados. Tan sólo hacía quince días que habíamos pasado por vicaría y, tras un placentero viaje de novios en Canarias, lo corriente en aquellos años, ya estábamos de vuelta en nuestro primer hogar, donde nos esperaban, aún cerrados, los paquetes de regalos de aquellos invitados que no optaron por el sobre con algún dinero, que nos parecía más práctico. Entre aquellos regalos había uno muy llamativo que, por no encajar con nuestra decoración, acabó en el armario del pasillo: unos candelabros de vidrio de tres brazos con los cirios dorados.

En ese lugar estuvieron varios años. Nunca les dimos uso alguno, salvo en una ocasión, cuando nuestra sobrina se los llevó por un par de días, como parte de la decoración de una obra que representaban en el colegio.

Un buen día, en el que se casaba la hija de mi jefe, decidimos, tras sopesar pros y contras, no acudir a la boda pero quedar bien enviando un detalle, que acabó siendo la pareja de candelabros, bien limpios y con unos cirios nuevos, también dorados, que fueron nuestro único gasto.

Veinticinco años después, no es difícil calcularlo, de nuestra boda, me encontraba en casa

de mi hija, también recién casada, ayudándola a poner unas cortinas. Mi yerno, que no era nada mañoso, me había mostrado amablemente el trastero donde estaban las herramientas, lugar en el que, perplejo, me topé de nuevo con los candelabros.

Estuve frente a ellos unos minutos, haciendo un somero reconocimiento, y no había la menor duda de que eran los mismos porque, además de lo peculiar del diseño, no había visto nada semejante en toda mi vida.

Mi curiosidad me llevó a interrogar a mi hija acerca de su procedencia, sin decirle nada de lo que sabía, ya que, aun incapaz de comprenderlo, pensé que mi jefe me había devuelto el golpe de forma indirecta. Ella me sacó de dudas diciéndome que se los había mandado, como dádiva de esponsales, no la hija de mi jefe sino la secretaria, de quien era buena amiga, y quien, por supuesto, se había disculpado por no poder asistir a la boda. También me dijo que, como eran “de anticuario” y no combinaban con su decoración, no sabía qué hacer con ellos, que me los llevase si los quería, cosa que pensé por un momento. Acepté, por deshacerme definitivamente de ellos y, claro estaba, por enseñárselos a mi mujer para que compartiera la experiencia. Nada más terminar de poner las cortinas, salí de allí con los candelabros y, al llegar a casa, se los mostré a mi esposa que, más sorprendida que yo, comentó que no lo hubiera podido ni imaginar.

Unos días después, tuvimos la feliz idea de venderlos. Recordaba la expresión anticuario pronunciada por mi hija, y fuimos al rastro donde, tras recorrer varias tiendas, un comprador nos ofreció una cantidad interesante, que nos pareció suficiente compensación, porque pudimos celebrar las bodas de plata cenando en un buen restaurante.

Intentamos relacionar todo lo sucedido hasta ese momento pero, por más que las conexiones nos parecieran evidentes, no acabábamos, ni de encajarlo, ni de aceptar tantas casualidades.

Años más tarde, en casa de nuestra sobrina, que nos había invitado a comer, junto a mi hermana y mi cuñado, volvimos a ver, increíblemente, los candelabros. Estaban en los extremos de un aparador antiguo que tenían en la entrada.

Nos decidimos a contar, esta vez sí, toda la historia, y recibimos una explicación que resultó obvia: nuestra sobrina los vio en una tienda del rastro; comentó con su marido que eran “como los que se llevó de pequeña para una obra del colegio” y, recordando aquello con ternura, se los compró al “anticuario” por el doble de lo que él nos pagó cuando se los vendimos.

CUANDO ANA NO ESTÁ

En cuanto supieron que Ana se iba de la habitación, se produjo un intercambio de gestos de complicidad. El guiño de él fue correspondido por una caída de párpados con enormes pestañas de ella. De soslayo, la vieron recoger sus cosas y, tras un portazo seco, abandonar la estancia.

En ese momento, él se abalanzó sobre ella, que lo esperaba impaciente. Se fundieron en un tortuoso, difícil abrazo, y empezaron el juego amoroso. Entre arrugas de sábanas y colcha, dieron vueltas y más vueltas, llevados por un dilatado besuqueo y por las constantes caricias del forcejeo previo a la posesión. Otro de los presentes, arrastrado por el erotismo que a través de sus ojos le invadía, miró a la compañera más cercana que, con apenas una leve insinuación, accedió a sus impulsos y fue tomada por él en un vivo arrebato. Se revolcaron por el buró en una unión simbiótica, amenazando papeles y utensilios de escritura, que cayeron con desorden. En unos minutos, la sala entera era ya el cubículo receptor de una orgía imparables. Unos y otros, practicaban una sexualidad compleja, variada, abandonados a toda suerte de encuentros, con intercambios de pareja, fueran o no del mismo sexo.

La escena se prolongó largo rato, hasta que oyeron voces. Ana entraba en la casa y se acercaba por el pasillo. Prestos, dejaron sus apetitos con diligencia, y volvieron, en cuestión de segundos, a los lugares que tenían asignados. Uno al escritorio, la de las pestañas enormes sobre el escabel, otro al estante de la librería, y los más sobre la cama.

El osito, que fue quien empezó todo, se recostó en el cojín del cabecero.

Sin apenas respiro, vieron entrar a Ana, que volvía de misa con sus padres. Ésta, con los brazos en jarras y una mueca de contrariedad, miró sorprendida los papeles y bolígrafos que estaban por el suelo, y se fijó en la cama estriada. Su madre, sin darle tiempo a reaccionar, ya a sus espaldas, le espetó: <Anita, ¿cuántas veces te tengo que decir que recojas tu habitación antes de salir?>

“AJDEMÚ”

Corro, corro todo lo que puedo sin que la fatiga logre detenerme. Subo las cuestas y doblo las esquinas, dejando tras de mí un remolino de este aire viscoso, pegadizo, que huele a humedad. El cielo es una mezcla de colores pardos y violáceos, hendidos por grietas atronadoras. Contra el asfalto chasquean goterones calientes, gordos como monedas. La lluvia torrencial me ciega, anega mis pestañas. Con la ropa pegada al cuerpo, chapoteo y salto los charcos. Llego a mi portal con el pelo vencido a la frente, chorreando agua, aureolado por un viento impetuoso.

- ¡No me siguen! – asevero, mirando hacia la calle una vez dentro. - ¡No me siguen! - insisto, con la respiración entrecortada y el corazón al límite de su capacidad de bombeo -.

Subo a casa, ya algo más despacio, contando los escalones y sin hacer ruido. Y arriba, en mi piso, entro como un brazo de la lluvia. Soy portador de los elementos excitados. Invado la calma con mi agitación y el clamor de la naturaleza. Me derrenco sobre un sillón y descanso algo, porque no, no puedo más.

Me desprendo de esta capa húmeda, ajena,

indeseable, y la dejo en el respaldo. Miro al techo, a las ventanas, cubiertas de una impropia negrura exterior, respiro hondo. Hay un dolor en mi costado que me impide el momentáneo reposo. Me consuela la posibilidad de haberles dado esquinazo.

No sé por qué demonios tuve que acudir al reclamo de la maldita secta. Tal vez el atractivo anuncio, con la garantía de un giro completo en una vida plana, gastada como la mía. Todo era nuevo para mí. Los contactos precisos, armoniosos; el trato exquisito, la paz envolviéndolo todo. Nada, ni el nombre, hacía presagiar lo que en realidad eran.

– Un momento – interrumpo el surco ya suave de mi pensamiento - . Les di mi dirección y mi teléfono, que tendrán en ficha. Un sudor frío recorre mi frente...Me localizarán de todos modos. No servirá de nada haberme zafado de ellos en su único descuido, tras darme a beber aquella pócima y dejarme solo. Pensarían que ya era uno más, que estaba de acuerdo en integrarme. Lo cierto es que intenté engañarles como única salida al pánico que en realidad me asaltaba. Si sigo aquí, darán conmigo. Tengo que abandonar mi casa ahora mismo. Mi propia casa, la que siempre es refugio, y a la que por instinto me dirijo como final de todo viaje, hoy no es más que una trampa – me digo en voz alta.

Busco una bolsa, recojo algunas cosas imprescindibles con las que llenarla; mientras, oigo el silencio. Me muevo a impulsos nerviosos. La lluvia, tan abundante y pertinaz, parece haber

cesado de repente, pero la opacidad exterior persiste. Cierro la bolsa y voy hacia la puerta. Me doy cuenta de un rumor tras ella. Me acerco sigiloso y observo por la mirilla.

¡Ahí están, con sus capas negras, sus ojos fijos en la lente, como si supieran que estoy al otro lado! Vuelvo hacia adentro sin hacer el menor ruido. No sé dónde esconderme, ni cómo escapar de un tercer piso. Me vienen a la memoria las duras imágenes de la iniciación, tumbado en una camilla, y el run-run de aquella cantinela: “Ajdemú, ajdemú, shirá Beelzebub”. Estoy desolado. Tocan el timbre, se oyen golpes en la puerta, hurgan en la cerradura...Empiezo a creer que no podré eludirlos. Descuelgo el teléfono para pedir auxilio; alguien contesta, pero no hay tiempo, me oirían si digo algo. La puerta ha cedido y están entrando. Les quedan unos metros de pasillo. Dejo suavemente el auricular, camino de puntillas y me meto con la bolsa en el armario del dormitorio del fondo, dejando un resquicio al azar, a la inverosímil suerte de que puedan pasar de largo sin verme... Se acercan...Un escalofrío súbito me paraliza cuando pienso en las llaves: ¿dónde las dejé? ¿colgando de la cerradura?...No; las llevo encima. Me alivio un segundo por haber evitado esa pista...Me cuesta mucho respirar así, agazapado; los oigo abriendo puertas y cerrándolas...Han entrado en el dormitorio. Los tengo al lado y contengo la respiración, pero vuelve mi excitación repentina y trágica con la última imagen que parece definitiva, que me rinde, que me hace pensar que el

sobrehumano esfuerzo de mi huida ha sido en vano:
esa capa negra mojada en el respaldo del sillón.

CONTACTO TERAPÉUTICO

A mi hermano

La segunda vez que Rosa me contó su experiencia, consiguió interesarme. Lo hizo a su modo, interpretando; lo suyo tendría que haber sido el teatro. Sus gestos acompañaban al relato, dándole un realismo tal que acabó despertando en mí enorme curiosidad. Decidí entonces acercarme a comprobarlo por mí misma.

Llamé para pedir cita, no sin experimentar cierto nerviosismo, y me la concedieron relativamente pronto. Así que me presenté en la consulta a la hora convenida.

Me recibió un joven de aspecto aséptico, con vestimenta blanca de algodón muy suelta, una especie de pijama de manga corta sin cuello y escotado, que me saludó cordial y me pasó directamente a una sala con camilla, focos, equipos eléctricos y diplomas, muchos diplomas que,

quieras o no, dan seguridad. Porque todo profesional que se precie tiene que tener estudios, de lo contrario vete a saber si no te estropea más que te arregla.

Minucioso a primera vista, procedía con calma, como dando importancia a cada movimiento.

Me pidió que me quitase la ropa mientras comprobaba mis datos en un fichero. Y nada, que en un instante me quedé en sujetador y bragas, sentada en la camilla. ¡Vaya corte! Porque algún que otro médico ya me había visto así, pero esto de los masajes... “Calma, seguro que sabe lo que se hace”, dije para mis adentros. Desde luego, como me anticipó Rosa, el chico estaba muy, pero que muy bien. Guapo, alto y delgado, pero no exento de fibra y músculo; en fin, un tipazo.

-¿Cuál es tu problema, Aurora?- preguntó, con voz casi susurrante. Al oírle pronunciar mi nombre me ruboricé un poco (mi marido me llama de todo menos Aurora).

-General-, contesté dubitativa, porque en realidad no tenía problema alguno, sólo quería sentir lo mismo que Rosa... -La espalda- añadí, me encuentro muy cansada.

-Bien. Túmbate boca abajo y relájate.

De relajamiento nada porque, para colocarme en la posición adecuada, necesitó advertirme varias veces de que estaba tensa. Debí suponer que lo notaría, claro, pero es que yo no hacía más que pensar en que me estaría observando con detalle

para sacarme todos los defectos.

Una vez me hubo colocado bien centrada, empezó por darme unas pasaditas con algún aceite especial de olor silvestre. Deslizaba sus manos con una suavidad, con una delicadeza que al poco ya estaba grogui, como sumida en un estado de aturdimiento. Entre el silencio (sólo se oían ambas respiraciones) y aquel olorcito casi me dormí, lo admito. Las yemas de sus dedos iban y venían, palpando acá y allá, hasta que descubrió una contractura, según él, la causa del malestar. Como estaba en la dorsal, justo debajo de la goma del sujetador, me obligó a quitármelo. Más apuros, aunque debo decir que, en ese momento ya sentí, como contaba Rosa, una especie de flujo placentero abarcándome por completo. De todos modos, él, muy correcto, me dio una toalla para taparme mientras me volvía a poner boca abajo. Sólo entonces la retiró para enfrentarse a la contractura.

Al cabo de unos minutos, bajó por la espalda hacia el coxis, donde debía de haber un reflejo postural, o algo así. Me bajó entonces las bragas hasta media cache para tocarme en derredor, bueno, “un tipo así, un profesional, no toca, pulsa, presiona, lo que sea”, pensaba, pero el caso es que con tanto merodear por la zona entraba ya en la excitación. -Las cervicales- interrumpí, llevada por una repentina cohibición. Y es que el flujo ya era más erótico que placentero. Solícito y entregado, se fue hacia arriba para volver a localizar la causa de aquellos fingidos síntomas. Otra vez el masajeo

turbador, la mano deslizándose, y yo vuelta a las descargas de la misma corriente nervioso estimulante. Rosa decía que tuvo un orgasmo, una exageración, pensé, tal y como iba la cosa, pero más tarde, cuando dejó a un lado lo sutil y pasó a los estiramientos y las tracciones ya no me extrañó nada.

Una pierna para arriba, tan separada de la otra, en la que se apoyaba, que me dejaba completamente abierta, al descubierto. Y de esa guisa, un buen rato, tracción tras tracción, todo paciencia y ternura... Luego un giro de tronco hacia un lado mientras me sujetaba del otro; brazo aquí, cabeza allá, en unas poses tan inverosímiles que perdí la orientación, y él arriba y yo debajo, más paciencia y más ternura, y luego yo encima, no sé..., y a la vez ese dulce y continuo: “toma aire y aguántalo..., suéltalo despacio...”, en un cuchicheo estremecedor, y el roce de los cuerpos, “que me voy” pensé, ya con algo de certeza; vamos, que respiraba sensualmente, como jadeando. No pensé ya en lo profesional, ni en lo terapéutico, ni en nada, me dejé llevar hasta que quedé planchada, boca arriba en la camilla, carita de complacencia, las bragas húmedas a medio bajar, y un pecho fuera de la toalla que él corrigió tapándolo con pulcritud.

Allí se acabó todo. Yo volví a mi estado inicial, con el rubor de entonces ahora acentuado, que descubría una cierta contricción, y él diciéndome que me vistiera, que lo mío no era serio pero que hiciera éste y aquel ejercicio para no sobrecargar la

zona...

Me costó lo que me anticipó Rosa, un dinerito, pero salí más ligera, como nueva. Y de arrepentimiento nada, que una, de estado civil casada, con dos vástagos brutotes y ya entrada en años, tiene derecho a uno de estos contactos terapéuticos. Vamos, que estoy pensando en repetir.

DE CUERPO ENTERO

A veces me molesta llegar a casa cansado y encontrarme al mismo tipo de siempre dirigiéndome la mirada, pero me parece mejor que no hallar a nadie. Está en el recibidor, nada más entrar. Aun resultándome un personaje seco, triste, silencioso, me hace compañía. No hay nada peor que la soledad. Hago mi saludo y me contesta con el mismo gesto. Le hablo del tiempo, de mis problemas laborales, de mis proyectos, que son cada vez menos, de mis manías, que son cada vez más... Nunca me contradice; ni una señal de desaprobación. Todo le viene bien. Cuando murió Sara estuve demasiado tiempo solo. Ahora creo que él y yo vamos a estar mucho tiempo juntos, si puede ser, siempre. Después de todo, fue una buena idea incorporarlo a mi desgastada existencia. Y resultó sencillo; sólo un poco de dinero y la instalación. Recuerdo que a mi madre, la pobre, también le gustaban los espejos de cuerpo entero.

ESOS CELADORES

Nunca pensé que algún día tuviera que esconderme pero, desde hace años, las cosas han ido a peor. Los sistemas han venido socavando libertades antes adquiridas, y lo han hecho de manera que apenas lo hemos notado. Siempre defendí poder hacer lo que uno quisiera, sobre todo si nadie te ve, si nadie va a sufrir las consecuencias de tus actos; pero todo ha cambiado mucho, tanto que me parece estar viviendo un sueño. Los contenedores, en otro tiempo detestables, son ahora mi mejor refugio, mi circunstancial guarida, el lugar donde proporcionarme unos minutos de placer, ¡qué paradoja! Los conozco a la perfección. Siempre uso los que están vacíos o más limpios, los de confianza. Ahora los ves por todas partes, a cualquier hora, de todas las formas y colores: grises, blancos, amarillos, se recicla todo. En éste estaré bien durante un rato. Ni la oscuridad ni lo incómodo de la postura me importan, con tal de experimentar estas sensaciones.

Sin embargo, la seguridad no es completa. Recuerdo casos en los que el infractor fue descubierto por el olor, ese olor característico. Se trata de no ser localizado por los Celadores de la

Salud, esos seres repugnantes que parecen no tener nunca problemas, que se amparan en la ley para emprender acciones desmedidas. ¿Sufrirán alguna vez, o los han elegido con ese carácter para el desarrollo abusivo de su labor? Porque hay que ser de una pasta especial para ser Celador, ya lo creo. Espero que no estén cerca, que me dejen acabar tranquilo, apenas veinte minutos. Luego las pastillas de aceite virgen para eliminar todo resto de sabor, y a casa, donde deben seguir sin sospecha alguna. No cambiaría esto por nada. Me paso el día esperando a que llegue este momento de goce, con ese cosquilleo que me produce relajación y bienestar.

Cuando estoy así, me acuerdo del pobre Dani. A él se lo llevaron porque captaron el olor. Fue uno de los pocos días que no pude acompañarle a hacer lo que tantas veces hacíamos juntos, y lo sorprendieron. Ni en su casa ni en la mía sabían nada. El bueno de Dani también evitaba los restos de sabor con las pastillas. Sabíamos todo lo concerniente a olores y sabores para evitar sospechas. Ahora estoy solo, solo para siempre. Es muy difícil encontrar a alguien que no te traicione. Cuando me preguntan, por aquello de mi amistad con él, y tratan de sonsacarme, les cuento que yo sabía lo de Dani, claro, cómo no iba a saberlo, si éramos íntimos, pero que traté de convencerle para que lo dejara como hice yo. Creo que es el argumento más verosímil.

Antes íbamos a por la mercancía alternándonos,

una vez a la semana. Ahora voy yo solo a la misma lúgubre y abandonada estación de metro, pero cada dos semanas, porque puedo traer un poco más y no lo notan. A Dani se lo llevaron de mala manera, arrastrándolo por el suelo, mientras lo golpeaban de forma brutal. Cuando me avisaron de lo que pasaba, corrí lo que pude y, casi sin aliento, llegué a la plaza para ver, apenado, con una tremenda y disimulada consternación lo que sucedió. Se amontonó la gente para asistir a aquel horrible espectáculo. Muchos de ellos habían estado haciendo lo mismo que nosotros, pero pudieron dejarlo, unos por voluntad propia y otros obligados por la dureza de la ley que había entrado en vigor. El caso es que allí estábamos, presenciando lo que entre todos, por miedo o por dejadez, habíamos provocado.

El pobre Dani llegó a la plaza deshecho, sangrando, sabiendo lo que le iba a pasar. Conocía, como todos, la pena establecida, y se hallaba en el lugar de ejecución, la plaza central, y en posesión de la prueba del delito. Lo sabía porque lo habíamos visto antes varias veces, pero fue fuerte, aguantó hasta que vio el final cercano y, sacando fuerzas de flaqueza, exhibió la todavía encendida colilla del buen habano, aspiró profundo y, ya relajado, esbozó una media sonrisa mientras soltaba la última y maravillosa bocanada de humo. Después sonó el disparo seco que acabó con su vida.

LA HERMANA MERCEDES

La hermana Mercedes corre las cortinas de la galería para que entre la luz de la mañana y nos vayamos desperezando. Yo ya estoy despierto, como casi todos los días. Mejor, porque así la puedo ver entrar y atravesar la sala con su andar sigiloso. Luego, el contraste de la luz en su angelical rostro, rotas las sombras por hebras de sol que se filtran entre las hojas de las acacias del patio y atraviesan la cristalera. Hace días que es primavera. Mi cuerpo siente un hormigueo nuevo, como si algo ajeno a él lo alterase inconscientemente, añadido al dolor, el dolor de siempre, más fuerte ahora que en el invierno, que sólo remite algo cuando la contemplo. La sigo con la mirada mientras va despertando a los más dormilones y, cuando se acerca a mi cama, me hago el remolón para recibir sus “buenos días, perezoso” con un beso en la frente. Entonces, un rubor placentero me recorre por completo. Luego, abro los ojos de nuevo y admiro los suyos, limpios, serenos, y su sonrisa frágil. A veces me hace una caricia o me roza suavemente con su pecho, siempre sonriendo. Creo que estoy enamorado de ella. Es mayor, bastante mayor que yo, aunque no me lo parece, y además es monja, casada con Dios

como ella dice, pero la quiero. No me importa que esta forma de amar no sea correspondida. Nada me parece obstáculo para el amor, que se puede vivir de muchas maneras distintas. A mí, que estoy aquí postrado ya tanto tiempo, y que puedo conformarme con éste, el de la contemplación, el de los sueños, sólo tenerla cerca me mantiene vivo.

Hoy no desayuno. Me toca análisis. Creo que llevo toda la vida haciéndome análisis y pruebas... Cuando pasen dos o tres días más, me arreglarán otra vez la cabeza. Ya sólo tengo unos cuantos pelos, pero me crecen mucho. Si tuviera la suerte de salir de aquí, evitaría cualquier contacto con los médicos.

Hoy vendrá mi madre. Viene muchas veces, más de las que yo quisiera. Siempre me dice “mi niño”, pero tengo diecisiete años, necesito más intimidad. Debería estar contento con sus visitas, pero ella me trae tristeza, melancolía. No se da cuenta, pero veo en su cara el desgaste de estar sufriendo. Siempre me habla con los ojos húmedos. Yo le digo que no se preocupe por mí, que todo va a salir bien, para animarla, y ella dice que le reza a Dios para que así sea, que estoy muy guapo, y que un montón de chicas están esperando a que me recupere; todas esas tonterías que dicen las madres, pero con suspiros entrecortados, conteniéndose para no llorar. Yo le sigo la corriente, pero no espero nada nuevo de mi situación. Cada vez estoy más débil. La quimio me destroza. Después de recibirla, una especie de bola entra en mi cabeza, y

parece que una enorme mano me retuerce hasta que el asco me domina y lo que hay en mi interior quiere salir afuera. He deseado la muerte varias de esas veces, porque en esos momentos la llevo a considerar un alivio, una forma de descanso, de librarme para siempre de esta aflicción.

La hermana Mercedes es distinta. Ella siempre me habla con dulzura. Dice que todo lo que sufrimos aquí nos será recompensado. No quiere ver mi enfermedad; dice que sólo ve un alma que se renueva cada día, fortaleciéndose. Yo no sé a que fortaleza se refiere, pero me gusta lo que dice y cómo lo dice, porque me hace sentir mejor. Y me calma, sobre todo me calma. El chico de la cama de al lado se murió la semana pasada. Los últimos días ni hablaba, estaba muy mal, pero ella estuvo a su lado en todo momento, tanto que llegué a sentir celos. En realidad, muchos de nosotros los sentimos, porque somos doce en esta sala de “onco” y, aunque la hermana Carmen ayuda a veces, Mercedes es la nuestra, la que nos atiende a todos. Pues eso, que cuando estaba con él, le decía cosas muy bonitas de la vida y la muerte, cosas que reconfortan, que hacen que nada tenga importancia y a la vez todo la tenga.

Me hacen daño con la jeringuilla y me quejo. Me dicen que es normal, que la vena está impracticable, que son demasiadas extracciones, que dentro de poco me tendrán que sacar sangre de la mano. Espero que no, en la mano me daría una sensación muy rara. Mañana será peor, otra sesión

de quimio.

Mi madre me ha traído el libro que le pedí. Es de aventuras. Me gustan así porque traslado mi pensamiento y me olvido un poco de los dolores. Me coge las manos y las frota con las suyas, y noto cómo tiemblan. Hablamos mucho de todo, pero de algunas cosas no me entero, pongo poca atención a las palabras, sólo la observo...

Le han dicho que ya no puede estar aquí; me doy cuenta de que llora al marcharse, justo al darse la vuelta. Yo me quedo mustio hasta la noche, cuando Mercedes venga a arroparme, y yo me acurruque bajo su bisbiseo cálido de “buenas noches”.

LA DAMA DEL MUELLE

Soy de mar, de brisas humedecidas con olor a salitre, de tempestad y viento. Por eso he vuelto al puerto de éste mi pueblo pesquero escondido entre cerros y acantilados. He vuelto por mí mismo, porque no puedo pasar sin esta sensación de recreo para mis sentidos, y por ella, a quien contemplé tantas veces desde mi orilla, desde un sentir sin mostrarme, sin hacerle saber mi deseo por esta invencible y terca timidez.

La vi por última vez justo aquí, a los pies del faro, después de soltar el amarre de mi embarcación para empezar la jornada de faena. Fue en un día como hoy, de madrugada de mar gruesa, con esa niebla espesa que viene del piélagos marino, y la vi, como casi siempre, desde la bocana del puerto, ese punto en que la niebla es ya bruma que tratan de romper en vano las primeras luces de la alborada. Nunca supe por qué aparecía tan temprano, ataviada con su largo y blanco vestido, la etérea pamea y aquella leve sombrilla que nunca llegó a abrir, pero lo cierto es que me paralizaba con su sola presencia, y lo dejaba todo por unos momentos para poder contemplarla rendido a su belleza. Luego partía alejándome de ella sin dejar de mirarla. Allí quedaba, apoyados los brazos en el barandal de la empalizada de maderas hinchadas,

casi tábidas de humedades sin tregua, con la mirada en el horizonte.

La espero ansioso entre estos sonidos que me envuelven, que me pertenecen: el suave rasar del viento, el leve choque de barcazas movidas por el vaivén del agua, el bramido de escolleras al impacto de las olas, sólo interrumpidos por una sirena aislada que escucho desde una cándida espera. Algo, tal vez esa corazonada que se apoya en el deseo, me dice que puedo volver a verla.

Mi corazón se acelera al verla aparecer, solemne, el andar lento y la esbeltez de su figura acercándose, como tantas veces, a la balaustrada. Casi he podido sentir sus pasos hasta aquietarse en un punto del mirador desde el que fija sus ojos en el infinito. Recorro su silueta con embeleso, mientras el aire juega con los pliegues de su blanco atuendo. Con la pereza de la duda me encamino hacia ella. Esta vez tengo que decirle algo, no sé qué ni cómo, pero no puedo esperar más. Sería imperdonable no intentarlo, que siguiera sin saber de esta pasión que anida en mí tanto tiempo, desde que mis ojos la descubrieron hasta esa última vez que pude contemplarla, aquella mañana de mar gruesa, uno de esos días que insinúan un faenar estéril, en que pensé volver sin haber dejado aún la ensenada, y ella era ya un punto solo para mi vista. Sopesé evitar el riesgo de una captura casi utópica para acercarme a decirle lo que sentía, pero el mar te llama siempre, sean cuales sean las circunstancias, es esa novia que te espera sin poner

condiciones y que tú tratas de conquistar en cada singladura. La voz del mar fue más fuerte. Me adentré en él entonces hasta que dejé de verla. Hoy, no hace mucho de eso, de nuevo siento arder la misma llama.

Amplió el paso y dejó el sendero del faro haciéndome notar cuando subo a la empalizada. Me acerco a ella ya con pie firme, pero me ignora, ni siquiera se ha girado para verme llegar. Parece ajena a todo, a la nívea y persistente neblina, al aislado graznido de una gaviota. Estoy a su lado, mudo, trémulo, pero no me siente. Quiero hablar y una fuerza interior me lo impide estrangulándome. Estoy desolado. Por un momento, abandona su mirar al frente y se gira para darme la espalda. Se aparta de mí. Muevo los brazos, la sigo, confiando en que se vuelva y por fin se crucen nuestras miradas. Parece que la pierdo porque no puedo adelantarla para que me vea. Entre el soplar del viento y el eco del agua en las rocas, oigo crujir las tablas de la escalinata al paso de sus pies cuando baja. Aquel día de marejada debí volver con ella. La dejé de ver entre olas rabiosas que azotaban mi barco...

Ahora sé que es tarde. Mis pasos no hacen sonar las ajadas tablas de la pasarela de este viejo muelle.

ÍNDICE

<u>Título</u>	<u>Pag</u>
El alfarero	3
En la muerte	6
La vela	9
Óculos	11
Retrospección	14
Trinidad y Tobago	16
Servicio obligatorio	19
Puente aéreo	25
Vacío	32
La Corista	39
El susto	56
Aniversario	58
Los candelabros	61
Cuando Ana no está	64
Ajdemú	66
Contacto terapéutico	70
De cuerpo entero	75
Esos celadores	76
La hermana Mercedes	79
La dama del muelle	83



